

Embarcándose allí Bruto, se dirigió á Atenas, donde el pueblo le hizo el mas afectuoso recibimiento por medio de aclamaciones y decretos. Habiéndose alojado en casa de un huésped suyo, se dedicó á oír al académico Teomnesto y al peripatético Cratipo, y entregado con ellos á la filosofía, parecia que estaba ocioso y del todo descuidado; pero procuraba en tanto las cosas de la guerra sin dar de sí la menor sospecha, porque envió á la Macedonia á Eróstrato para ir atrayendo á los que en aquella parte mandaban tropas; y en Atenas hizo de su partido á los jóvenes Romanos que estaban allí haciendo sus estudios, entre los cuales se hallaba el hijo de Ciceron, al que celebra sobremanera, diciendo que despierto ó dormido siempre se admiraba de verle ciudadano tan excelente y tan enemigo de tiranos. Dando ya á las claras principio á su empresa, como supiese que no se hallaban lejos algunas embarcaciones romanas que conducian caudales del Asia, y que en ellas navegaba el pretor, varón de buen carácter y conocido suyo, salió á avistarse con él cerca de Caristo. Háblóle, y habiéndole traído á su propósito, entregado de las naves, quiso agasajarlo con esplendor, porque hacia la casualidad que esto era en el día natal de Bruto. Cuando hubo llegado el momento de beber, se echaron brindis por la victoria de Bruto y por la libertad de Roma; y queriendo este confirmarlos mas en su partido, pidió un vaso mayor, y tomándole, sin ocasion ni motivo ninguno prorumpió en este verso:

Matóme el hado, y el Latonio Apolo (1).

Añaden á esto que cuando en Filipos salió para correr la suerte de la última batalla, la seña que dió á sus soldados fue Apolo; por lo que el haber prorumpido en aquel verso se ha tenido por indicio y anunció de su última desventura.

Ademas de esto Antistio le dió quinientos mil sestercios del dinero que trajera también á Italia. Acudian de otra parte á él con el mayor placer cuantos andaban errantes de los que pertenecieron al ejército de Pompeyo, y quitó á Cina quinientos caballos que conducía para Dolabela al Asia.

(1) Verso que pone Homero en boca de Patroclo en el libro XVI de la *Iliada*.

Pasó por mar á Demetriade y se apoderó de crecido número de armas que se remitían entonces á Antonio, habiendo sido antes allegadas de orden de César el dictador para la guerra contra los Partos. Hízole entrega Hortensio de la Macedonia, y cuando se habian sublevado y puesto de su parte los Reyes y potentados de todo aquel pais, se le da noticia de que Cayo el hermano de Antonio, llegado de Italia, se dirigia á los acantonamientos de las tropas que Gabinio habia reunido en Dirraquio y Apolonia. Deseando, pues, Bruto anticiparse y tomarlas para sí, movió sin dilacion con los que consigo tenia, y cayéndole la nieve marchó por lugares ásperos y difíciles, adelantándose mucho á los que llevaban las provisiones de boca. Llegado ya cerca de Dirraquio, con la fatiga y el frio experimentó una cruel hambre, accidente que suele hacerse sentir á las bestias y á los hombres cuando se fatigan en tiempo de nieves, ó porque el calor, retirándose todo adentro, con la frialdad y condensacion consume mucho alimento; ó porque cierto soplo delgado y ténue que despierte la nieve al deshacerse, corta el cuerpo y descompone el calor que está difundido por todo él, pues aun el sudor se dice que proviene del calor que se apaga en la superficie al encontrarse con el frio. Mas de estas cosas hemos tratado con mayor detencion en otros escritos.

Estando Bruto á punto de desfallecer, sin que hubiese nadie que pudiera alagarle algun alimento, se vieron los que le acompañaban en la precision de acogerse al auxilio de los enemigos, y llegándose á las puertas pidieron pan á los de la guardia. Estos al oír lo que habia sucedido á Bruto, fueron á presentársele, llevándole que comer y que beber, en recompensa de lo cual cuando tomó la ciudad, no solo trató á estos con singular humanidad, sino á todos por amor de ellos. Cayo Antonio al pasar cerca de Apolonia llamó, para que se le reuniesen, á los soldados que allí tenia; pero como estos se habian incorporado á Bruto, y entendió que los Apoloniatas eran asimismo de su partido, sin tocar en la ciudad se encaminó á la de Butroto. Perdió en primer lugar en aquella jornada tres cohortes destrozadas por Bruto, y queriendo despues arrojar á los que habian tomado ciertos

puestos cerca de Bilida, para lo que trabó combate con Ciceron, fue de él vencido; porque este fue caudillo de quien se valió entonces Bruto, y por su medio obtuvo ventajas en diferentes encuentros. Sorprendiendo despues á Cayo en estado de tener esparcidas sus fuerzas en lugares pantanosos, no permitió que se le acometiera estando solo á la vista con la caballería, y dando orden de que no se le molestara, pues que dentro de poco habrían de contarse entre los suyos, lo que efectivamente sucedió; porque se entregaron ellos mismos, y entregaron el pretor, con lo que Bruto llegó á reunir considerables fuerzas. Por bastante tiempo mantuvo á Cayo en sus honores, sin quitarle las insignias de su autoridad, no obstante que Ciceron y otros muchos le escribian de Roma que se deshiciese de él; pero cuando ya empezó á tentar á los gefes y á promover alteraciones, lo puso preso en una nave. Los soldados seducidos por él se marcharon entonces á Apolonia, y como llamasen á Bruto para que fuese á tratar con ellos, les respondió que esto era ajeno de las costumbres patrias, segun las cuales ellos eran los que debían ir en busca del general para tratar de aplacar su enojo por el yerro cometido; y habiéndolo así ejecutado, les concedió el perdon.

Estando para trasladarse al Asia, le llegaron nuevas de las mudanzas ocurridas en Roma, porque el nuevo César al principio habia sido fomentado por el Senado contra Antonio; pero despues que hubo arrojado á este de la Italia, ya él mismo habia empezado á causar justos recelos, aspirando al consulado contra la ley, y manteniendo numerosas tropas cuando la república para nada las habia menester. Como él viese, pues, que esto el Senado lo llevaba á mal, y que dirigia sus miradas afuera, fijándolas en Bruto, á quien habia hecho confirmar por nuevo decreto sus provincias, comenzó á temer; y ademas de enviar personas que solicitaran á Antonio á hacer amistad con él, acantonando las tropas en los contornos de la ciudad, obtuvo el consulado, siendo apenas mozo de veinte años, como él mismo lo escribió en sus Comentarios. Intentó en seguida causa capital contra Bruto y sus cómplices por haber dado muerte sin

juicio precedente á un hombre tan principal como César, constituido en las mayores dignidades; y presentó por acusadores, de Bruto á Lucio Cornificio, y á Marco Agripa de Casio. Declaradas por desiertas las causas, los jueces tuvieron por fuerza que pronunciar sentencia condenatoria, y se dice que al llamar el pregonero á Bruto á juicio desde el tribunal, segun es de estilo, la muchedumbre abiertamente prorumpió en sollozos; que los primeros ciudadanos bajando los ojos á tierra no se atrevieron á hacer ninguna demostracion; y que habiéndose visto llorar á Publio Silicio, por este solo motivo de allí á poco fue uno de los proscritos á muerte. Despues reconciliados entre sí los tres, César, Antonio y Lépido, se repartieron las provincias y extendieron tablas de proscripcion á muerte de doscientas personas, entre las que murió Ciceron.

Anunciados en la Macedonia estos sucesos, no pudo contenerse Bruto de escribir á Hortensio que diera muerte á Cayo Antonio en debida satisfaccion por Decio Bruto y por Ciceron; por este como amigo, y por aquel en razon del deudo de parentesco que con él tenia. Por lo tanto, habiendo venido despues Hortensio en Filipos á las manos de Antonio, le dió este muerte sobre el sepulcro de su hermano. Dicese de Bruto haber sido mas la vergüenza que le causó el motivo de la muerte de Ciceron, que el dolor que sintió por ella; lo que echó en cara á sus amigos de Roma, diciéndoles que mas servian por culpa suya propia que por culpa de los tiranos, viendo y presenciando cosas que ni oirse podian con paciencia. Pasando, pues, al Asia el ejército, que ya era brillante, se dedicó á prevenir y formar su armada en la Bitinia y en las cercanías de Cicico; y recorriendo por tierra las ciudades, procuró mantenerlas en sujecion, dió audiencia á los poderosos, y escribió á Casio llamándole del Egipto á la Siria; pues siendo así que ellos no tanto ejercian una magistratura cuanto que se constituían en libertadores de su patria, traian divididas y errantes aquellas fuerzas con que habian de destruir á los tiranos, cuando convenia que puesta la atencion y el cuidado en aquel propósito, no se alejaran mucho de la Italia, sino que á ella marcharan para ir

en socorro de los ciudadanos. Como Casio se hubiese mostrado pronto y bajase á su llamamiento, fue á encontrarse con él, y se vieron por primera vez en Esmirna desde que separados en el Pireo, el unos se habia encaminado á la Siria y el otro á la Macedonia. Fue, pues, grande el placer y la confianza que mutuamente tuvieron en vista de las fuerzas que cada uno de los dos habia reunido, por cuanto habiendo partido de la Italia comparables con los mas oscuros desterrados, sin tener dinero, ni armas, ni un barco, ni un soldado, ni una ciudad de su parte, antes que hubiese pasado mas que un breve tiempo, habian vuelto á juntarse disponiendo ya de tantas naves, tanta caballería é infantería, y tantos fondos que podian entrar dignamente en contienda sobre el imperio de Roma.

Pensaba Casio que el honor entre ambos debia ser igual; pero le previno Bruto, siendo por lo comun el que iba á buscarle, ya porque aquel le precedia en edad, y ya porque no tenia una constitucion igualmente robusta para el trabajo. La opinion que se tenia de Casio era crearle inteligente en las cosas de la guerra, pronto á la ira, de los que se hacen obedecer por el miedo, y para con los amigos y familiares de sobra chistoso y decididor. De Bruto se refiere que era amado de la muchedumbre por su virtud, adorado de sus amigos, admirado de los buenos, y de nadie aborrecido, ni aun de los enemigos, por ser hombre de una índole sumamente benigna, magnánimo, impasible á la ira, al deleite y á la codicia, manteniendo siempre su ánimo firme é inflexible en lo honesto y en lo justo. Sobre todo, lo que principalmente le ganó el afecto general, fue la confianza que se tenia en la rectitud de sus intenciones; porque ni del mismo Pompeyo, apellidado grande, se esperaba que si vencía á César cediera de su poder en obsequio de las leyes, sino que conservaría siempre el mando con el nombre de cónsul, de dictador ú otro mas suave que sirviera para embaucar al pueblo. De este mismo Casio, hombre violento é iracundo, y que muchas veces declinaba á lo útil de lo justo, mas creían todos que peleaba, peregrinaba y se exponia á los peligros para procurarse algun poder, que para procurar la

libertad á sus conciudadanos. Porque aun tomándolo de mas antiguo, á los Cinas, los Marios y Carbones, proponiéndose la patria por premio y por despojo, no les faltó mas que decir á las claras que combatian por la tiranía; pero á Bruto ni sus mismos enemigos le atribuyeron semejante mudanza, y antes se refiere que muchos oyeron decir á Antonio que de solo Bruto se creia haber herido á César movido de la belleza y excelencia de la accion, y que los demas fueron impelidos de odio y envidia contra su persona; coligiéndose de lo mismo que nos dejó escrito, que mas obró en él la virtud que la ambicion. Escribia, pues, á Atico estando ya prójimo al peligro: « Que sus cosas se hallaban en el mejor punto posible de fortuna, porque ó venciendo daría la libertad al pueblo romano, ó vencido quedaria libre de servidumbre; y siéndoles todo lo demas cierto y seguro, una sola cosa era la incierta, si vivirian ó si morirían con libertad. Decia que Marco Antonio llevaria la pena debida á su consideracion, pues pudiendo ser contado entre los Brutos, los Casios y los Catones, habia preferido ser una dependencia de Octavio; y si ahora no es vencido con él, no se pasará mucho tiempo sin que este le derribe. » Pareció que de este modo habia adivinado acertadamente sobre lo futuro.

En Esmirna propuso que se le diese parte de los caudales que en gran cantidad habia allegado Casio; pues él cuanto tenía lo habia gastado en formar una escuadra con la que iban á ser dueños de todo el mar interior. No lo consentian los amigos de Casio, á quien hablaban de este modo: « No es justo que lo que con tus ahorros y á costa de hacerte odioso has podido juntar, lo recoja ahora aquel para hacer larguezas y recomendarse á los soldados; » pero con todo le dió la tercera parte de todos los fondos. Separáronse de nuevo para atender cada uno á lo que le incumbía; y escogiendo Casio á Rodas, no trató bien á aquellos isleños, sin embargo de que habiéndole saludado á la llegada con los títulos de Rey y señor, les respondió: Ni Rey, ni señor, sino matador y castigador del que aspiraba á serlo. Bruto pidió á los de Licia caudales y tropa, y como el demagogo Naucrates hubiese persuadido á las ciudades que no le obedecie-

sen, y hubiesen tomado ciertas alturas para impedir á Bruto el paso, en primer lugar envió contra ellos mientras comian los ranchos, alguna caballería que les mató seiscientos hombres; y apoderándose despues del territorio y de las aldeas, los envió á todos libres sin rescate, queriendo atraer con el amor aquellas gentes. Mas ellos eran obstinados; guardaron el enojo por el mal que habian experimentado, y despreciaron la humanidad y buen trato, hasta que persiguiendo á los mas belicosos, los encerró en Janto y les puso sitio. Corre por la ciudad un rio, y nadando por debajo del agua conseguian escaparse; pero luego los cogia poniendo redes que bajaban bien hondas, en cuyos extremos se habian colocado campanillas, y estas anunciaban al punto que habia caido alguno. Hicieron los Jantios salida contra unas máquinas, y les pegaron fuego; pero los sintieron los Romanos y los obligaron á encerrarse. Hacia á la sazón un fuerte viento, el cual arrojó las llamas sobre las almenas, por donde el fuego se comunicó á las casas vecinas; y temiendo Bruto por la ciudad, dió orden para que lo apagaran y fueran en su auxilio.

Apoderóse repentinamente de los Jantios un furor terrible y cual no es dado explicar, parecido mas bien al deseo de morir: así todos con sus hijos y mujeres, libres, esclavos y de toda edad lanzaban del muro á los enemigos que iban en su auxilio contra el incendio; y recogiendo cañas, leña y todo combustible, atraian hácia la ciudad el fuego, echando en él todo material, y esforzándose por todas maneras á avivarle y mantenerle. Cuando por haber corrido la llama y abarcado toda la ciudad se descubrió terrible desde afuera, afligido Bruto con semejante acontecimiento, andaba á caballo alrededor, deshaciéndose por darles socorro, y teniendo las manos á los Jantios les rogaba que tuvieran consideracion y salvaran la ciudad; pero nadie le daba oidos, sino que de mil maneras se mataban todos unos á otros, no solo los hombres y las mujeres, sino aun los niños pequeños, de los cuales unos con gritos y lamentos se arrojaban al fuego, otros se estrellaban tirándose desde lo alto, y otros se metían por las espadas de sus padres á buscar la muerte,

descubriendo el cuello y pidiendo que los pasasen. Vióse, cuando ya estaba asolada la ciudad, una mujer colgada de un cordel, que tenia un niño muerto suspendido del cuello, y que con una hacha encendida se conocia haber dado fuego á su casa. Siendo este un espectáculo tan trágico, no le sufrió á Bruto su corazón el verlo; y como aun el oírlo referir le arrancase lágrimas, ofreció por pregon premio á los soldados por cada uno de los Licios que salvaran, y se refiere que solo fueron ciento y cincuenta los que no esquivaron este beneficio. Así los Jantios, como si hubiera un período de largo tiempo prefinido por el hado para la destruccion de la ciudad, renovaron entonces con el mayor arrojo la fortuna de sus antepasados, porque tambien estos en la guerra pérsica se dieron del mismo modo muerte, incendiando la ciudad.

Encontróse despues Bruto con que la ciudad de Patara trataba de hacerle fuerte resistencia, y se detenia en oponerla por temor de otra locura igual; por tanto, como tuviese en su poder cautivas algunas mujeres, las envió libres sin rescate. Eran estas hijas y mujeres de varones principales, y haciendo ver á los Patarenses ser Bruto un hombre sumamente moderado y justo, los persuadieron á ceder y hacer entrega de la ciudad, y de resultas se sometieron todos los demas y se pusieron en sus manos, contentos de que les hubiese cabido un caudillo tan justo y benigno, tal, que exigiendo Casio al mismo tiempo de los Rodios cuanto oro y plata tenian, de lo que recogió alrededor de ocho mil talentos, y multando á la ciudad sobre estos en otros quinientos, él no impuso á los Licios mas que ciento y cincuenta talentos, y sin causarles ninguna otra vejacion, partió de allí á la Jonia.

Muchos fueron los hechos dignos de memoria que entonces ejecutó, distribuyendo los honores y castigos segun el mérito de cada uno; pero solo referiré aquel que fue de mayor placer y satisfaccion para él mismo y para todo Romano de buenos sentimientos. Cuando Pompeyo Magno arribó al Egipto y á Pelusio, huyendo de César, despues de haber perdido aquella gran batalla, los tutores del Rey, que todavia era niño, entraron en consejo con otros de sus ami-

gos, y los dictámenes no estaban acordes; porque á unos les parecia que debia darse acogida á Pompeyo, y á otros que convenia lanzarle del Egipto. Entonces un tal Teodoto de Quio, que se hallaba en la corte del Rey en calidad de maestro asalariado de retórica, y que á falta de otros hombres buenos habia sido admitido en el consejo, manifestó en su voto que erraban unos y otros, los que opinaban que se le recibiese, y los que decian se le despidiera; pues lo que únicamente convenia era recibirle y darle muerte, añadiendo al terminar su discurso que hombre muerto no muere. Siguió el conciliábulo este dictámen, y murió Pompeyo Magno, siendo ejemplar de una resolucion increíble é inesperada, y víctima de la elocuencia y habilidad de Teodoto, de lo que él mismo sofista se jactaba. Llegó al cabo de poco al Egipto César, y pagando los demas su merecido, perecieron aquellos malvados malamente; pero habiendo podido Teodoto alcanzar de la fortuna algun tiempo para una vida infame, menesterosa y errante, no pudo entonces ocultarse á Bruto mientras recorría el Asia, sino que descubierto, y recibiendo el condigno castigo, la muerte fue la que le dió nombre, no la vida.

Llamó en esto Bruto á Sardis á Casio, al que á su arribo salió á recibir con sus amigos; y puesto todo el ejército sobre las armas, á ambos les dió el dictado de Emperadores. Sucedió lo que es natural en empresas grandes cuando son muchos los amigos y caudillos, que se suscitaron reconvencciones y sospechas de unos á otros; y antes de hacer ninguna otra cosa, cerrados en una cámara, sin que hubiese testigos de afuera, primero usaran de quejas y despues de censuras y acusaciones. Como de aquí pasasen á las lágrimas y á palabras fuertes con acoloramiento, admirados los amigos de tan violento y pronto enfado, temian no pasara á mas; pero no se resolvian á entrar. Marco Favonio, el que se habia propuesto por modelo á Caton, y que mas que con el discurso hacia de filósofo con un calor y un impetu casi furioso, intentaba introducirse en la sala, y los esclavos pugnaban por impedirselo; pero era obra contener á Favonio en tomando cualquiera empeño, porque era violento en todo y suma-

mente resuelto, no haciéndole grande fuerza el ser senador romano; pero muchas veces con lo cinico y libre de su franqueza quitaba á los hechos lo que podian tener de ofensivos, y la importunidad misma solia tomarse á chanza y juego. Atropellando, pues, entonces á fuerza por las puertas, entró pronunciando con voz contrahecha aquellos versos que pone Homero en boca de Nestor: « Oidme; pues que ambos sois mas mozos, » y los demas que siguen, á lo que Casio se puso á reir; pero Bruto le echó de allí, llamándolo verdadero can y falso cinico. Mas sin embargo, asi tuvo fin por entonces aquella desazon, retirándose sin que pasara adelante. Dió Casio de cenar aquella noche, y Bruto llevó consigo á sus amigos: cuando se habian sentado, se presentó Favonio, que ya iba bañado, y protestando Bruto que acudia sin haberlo convidado, le dijo que pasara á la silla mas alta; pero él penetró por fuerza y tomó asiento en el medio, y el convite no dejó de ser entretenido y ameno.

Al dia siguiente Bruto notó de infamia por sentencia á un ciudadano romano, buen militar y que le era fiel, llamado Lucio Pela, acusado en juicio de concusion por los Sardinios; y esta determinacion disgustó sobremanera á Casio, que pocos dias antes se habia contentado con reprender en secreto á dos amigos suyos acusados de los mismos erimenes, absolviéndolos en la sentencia y manteniéndolos á su lado. Culpó, pues, á Bruto de sobradamente recto y justo en un tiempo en que era preciso usar de mucha discrecion y humanidad; pero este le trajo á la memoria los Idus de Marzo, que fue el dia en que dieron muerte á César, no porque él vejase y molestase á todos los hombres, sino porque otros lo ejecutaban á la sombra de su poder; de manera que si podia haber algun motivo para aflojar en la justicia, menos malo seria disimular con los amigos de César, que ser indulgentes con los amigos propios que delinquiesen, pues respecto de aquellos se diria que nos faltaba el valor, cuando respecto de estos pasariamos plaza de injustos en momentos en que nos cercan tantos peligros y trabajos. ¡Tal era el modo de pensar de Bruto!

Quando estaban para pasar del Asia, se dice que á Bruto se le presentó un terrible portento, porque con ser por naturaleza de poco dormir, aun reducía el sueño con las ocupaciones y la templanza á un tiempo mas estrecho; así es que nunca se acostaba de dia, y de noche solo reposaba cuando nada le quedaba que hacer, ni tenía con quien conferenciar, recogidos ya todos. Entonces instando la guerra, y teniendo sobre sí todo el peso de los negocios de ella, puesta su atención en el éxito que tendrían, sobre el anochecer despues de la cena descansaba un poco, y luego todo el tiempo restante lo empleaba en los negocios urgentes. Despachados estos y arreglados, leía en un libro hasta la tercera vigilia, que era cuando solían entrar á hablarle los centuriones y tribunos. Estando, pues, para pasar el ejército del Asia, era ya muy avanzada la noche, la tienda tenía luz bastante escasa, el ejército todo estaba en el mayor reposo, y hallándose meditando y echando cuentas entre sí sobre tantos asuntos, le pareció que entraba alguno. Volvióse á mirar á la puerta, y notó la terrible y fiera vision de un cuerpo de extraordinario aspecto que estaba en silencio al lado de su lecho. Tuvo resolución para hablarle y hacerle esta pregunta: ¿Quién eres tú, seas Dios ú hombre, y á qué has venido aquí? y la fantasma le contestó: Soy, ó Bruto, tu mal genio, y me verás en Filipos; á lo que Bruto le repuso sin turbarse: Bien, te veré.

Desaparecido que hubo el espectro, llamó á sus criados, que le dijeron no haber oído voz alguna ni notado ninguna vision, y por entonces continuó en su vigilia; pero luego que se hizo de dia, se fué á ver á Casio y le refirió lo ocurrido. Este, que se hallaba imbuido en los principios de Epicuro, y en tales disputas sola estar en oposicion con Bruto: Doctrina nuestra es, le dijo á Bruto, que no es cierto todo lo que padecemos ó vemos, sino que la sensacion es una cosa fugitiva y falaz, siendo todavía la mente mas pronta que ella, y dotada de la facultad de mudarla, sin que preceda causa conocida en toda especie ó forma; porque la impresion es semejante á la cera, y el alma del hombre que tiene en sí lo figurado y lo que figura, tiene el poder de variar y figurar

fácilmente por sí una misma cosa: lo que se ve claro en las mudanzas y rarezas de los ensueños mientras dormimos, volviéndolas y revolviéndolas la fantasia de muy leve principio, y presentándonos toda especie de afectos é imágenes. En su poder está moverse cuando quiera, y su movimiento es ó imaginación ó conocimiento; y tu cuerpo mortificado tiene pendiente y agitado para estas conversiones tu espíritu. Por lo que hace á genios, lo probable es que no los hay, y que cuando los haya, no tienen forma ni voz de hombre, ni poder ninguno que alcance á nosotros; y por mí yo desearia que estuviéramos confiados, no solo con tantas armas, tantos caballos y tantas naves, sino tambien con el auxilio de los Dioses, siendo caudillos en tan honesta y santa empresa. Con estos discursos alentó y consoló Casio á Bruto; y al salir del campamento los soldados, dos águilas se dirigieron con raudó vuelo á las primeras insignias, marcharon y siguieron hasta Filipos, alimentadas por los mismos soldados, de donde se fueron con igual vuelo un dia antes de la batalla.

Las naciones que se encontraron al paso en la mayor parte las redujo Bruto á su obediencia; y si se les había desertado alguna ciudad ó algun potentado, atrayéndolos otra vez á todos, llegaron así hasta el mar de Taso. Allí rodeando á las tropas de Norbano, acampado en las llamadas Gargantas y en las inmediaciones de Simbolo, le obligaron á abandonar el puesto, y estuvo en muy poco que se apoderaran de todas aquellas fuerzas, habiéndose quedado atras César por hallarse enfermo; sino que vino en su auxilio Antonio con tan maravillosa prontitud, que Bruto mismo no podía persuadirse. Vino asimismo César á los diez dias, y se acampó en oposicion de Bruto, y en oposicion de Casio, Antonio. Al terreno que quedaba en medio le llaman los Romanos los campos Filipos, á donde acudieron entonces unos contra otros los mayores ejércitos de los Romanos. En el número no era el de Bruto muy inferior al de César; pero en el brillo y esplendor de las armas comparecia admirable, porque eran de oro sus armas en la mayor parte, y en todas ellas no se había escaseado la plata, en medio de que en todo

lo demas tenia Bruto acostumbrados á los caudillos á usar de sobriedad y parsimonia en los gastos. Mas la riqueza que se trae entre manos y que adorna el cuerpo, creia que comunicaba cierta altivez á los que son de carácter ambicioso, y que los aficionados al interes se hacian mas esforzados cuando en las armas que los rodean ven un caudal.

César hizo dentro del campamento la purificacion de su ejército, repartiendo una pequeña cantidad de trigo y cinco draemas por hombre para el sacrificio; pero Bruto, condenando su mezquindad y apocamiento, en primer lugar hizo la purificacion en campo raso, como es costumbre, y despues suministrado para gran número de sacrificios por centurias, y dando cincuenta draemas á cada soldado, en el amor y denuedo del ejército se aventajó mucho á los contrarios. Mas á pesar de esto en la purificacion pareció que Casio tuvo contra sí una señal infausta, y fue que el licitor le alargó al reves la corona, y se dice tambien que dias antes una Victoria de oro de Casio se habia caido al suelo en cierta celebridad y pompa, por haber tropezado el que la llevaba. Dejaronse ver además por muchos dias aves carnívoras en gran número sobre el campamento, y se notó que unos enjambres de abejas se posaron dentro del valladar en un solo sitio; el que los agoreros hubieron de hacer excluir de él para remediar una supersticion que al mismo Casio lo sacaba de sus principios de la secta epicurea, y que tenia enteramente acobardados á los soldados, por lo que no era su ánimo que por entonces se decidiese la guerra, sino que mas bien se ganara tiempo, puesto que en cuanto á fondos eran superiores, y en armas y gente les excedian los enemigos. Mas Bruto desde luego habia querido apresurar el éxito, ó para restituir cuanto antes la libertad á la patria, ó para redimir á todos los hombres del peso de los gastos, bagajes y nuevas demandas con que incesantemente eran molestados; y viendo entonces que su caballeria en los encuentros y escaramuzas diarias venia siempre y llevaba lo mejor, todavía cobró mas ánimo. Como hubiese sucedido por otra parte en aquellos dias que algunos se habian pasado á los enemigos, y se hubiesen suscitado rencillas y sospechas de unos contra

otros, muchos de los amigos de Casio abrazaron en el consejo de guerra el dictámen de Bruto; pero Atelio, uno de ellos, le contradecia proponiendo que se aguardara hasta el invierno. Preguntóle Bruto ¿qué era en lo que pensaba mejorar al cabo de un año? y él respondió: Cuando en otra cosa no, habré vivido este tiempo mas. Habiendo incomodado esto sobremanera á Casio, no dejó de ofender á los demas, y quedó determinado que al dia siguiente se habia de dar la batalla.

Bruto ostentó durante la cena las mejores esperanzas, haciendo uso de su instruccion en la filosofia, y se retiró á descansar. De Casio dice Mesala que cenó casi solo, no teniendo á su mesa sino muy pocos de sus mas íntimos amigos, y en ella se le vió pensativo y taciturno, no siendo este su carácter; y que concluida la cena, le apretó fuertemente la mano, y solo le dijo con su acostumbrado afecto en lengua griega: « Te prometo, Mesala, que me sucede lo mismo que á Pompeyo Magno, que es verme precisado á aventurar al lance de una sola batalla la suerte de la patria. Tenemos no obstante buen ánimo, poniendo la vista en la fortuna, de la que no es justo desconfiar aunque no andemos los mas acertados en el consejo. » Dicho esto, refiere Mesala que le saludó por última despedida, sin embargo de que él le tenia convidado á cenar para el dia siguiente, que era su cumpleaños. Al amanecer estaba puesta en el campamento de Bruto y en el de Casio la señal de combate, que era la túnica de púrpura. Reuniéronse ambos en medio de los campamentos, y dijo Casio: « ¡Ojalá, ó Bruto, alcancemos la victoria, y nos sea dado pasar juntos una vida feliz! Pero pues son inciertas las mayores empresas de los hombres, y si la batalla no se decide segun nuestro buen deseo, no nos ha de ser fácil volvernos á ver: ¿qué opinion tienes acerca de la fuga y de la muerte? » A lo que le respondió Bruto: « Cuando yo, ó Casio, era todavía jóven y sin experiencia de negocios, no sé cómo llegué á proferir una expresion atrevida, porque culpé á Caton de haberse dado muerte, no mirando como obra loable y digna del que haya de ser tenido por hombre, ceder á su mal genio y no recibir con tranquilidad lo que quiera que

sucedá, sino huir de ello á manera de esclavo fugitivo; pero ahora, puesto en los trances de fortuna, pienso muy de otro modo; y si Dios no ordenase convenientemente las cosas, no me empeñaré en urdir nuevas esperanzas y nuevos preparativos, sino que me despenaré, alabando á mi fortuna de que habiendo consagrado á la patria mi vida en los Idus de Marzo, he vivido en lugar de aquella otra libre y gloriosa. » Casio oyó complacido este discurso, y abrazando á Bruto: «Pensando de este modo, le dijo, marchemos á los enemigos; porque ó vencemos, ó no temeremos á los vencedores.» Trataron en seguida del orden de la formacion á presencia ya de sus amigos, y Bruto pidió á Casio le dejara el mando del ala derecha, que por la edad y la pericia militar creian corresponder á Casio. Otorgóselo, pues, este, y dispuso que Mesala, que mandaba la mas aguerrida de todas las legiones, se colocara en el ala derecha, con lo que Bruto sacó al punto al campo la caballería bellamente adornada, sin tardar tampoco en la formacion de los infantes.

Hallábase entonces ocupado Antonio en correr un foso desde los pantanos, junto á los que estaba acampado, hácia la llanura, para interceptar á Casio el camino del mar; y César permanecía sosegado, no digamos él mismo, que se hallaba enfermo, sino su ejército, que no esperaba que los enemigos moviesen pelea, y si solo que hiciesen correrías contra sus obras, incomodando con tirar saetas y mover rebatos á los trabajadores. Como no atendiesen, pues, á los que habian tomado formacion contra ellos, se maravillaban de la grande y confusa gritería que oian hácia el foso. Distribuyéronse en esto á los gefes billetes de parte de Bruto, en que estaba escrita la seña, y él mismo recorria á caballo las filas inspirando aliento; pero fueron muy pocos aquellos á quienes la seña pasó: así la mayor parte sin mas aguardar cargaron con ímpetu y algazara á los enemigos. Hubo por esta causa desconcierto y desunion entre las legiones; así es que primero la de Mesala y en seguida las que movieron con ella, flanquearon la izquierda de César, y ofendiendo ligeramente á los de retaguardia con muerte de pocos, pues se contentaron con haberlos flanqueado, vinieron á caer

sobre el campamento. César, como lo dice él mismo en sus Comentarios, habiendo tenido un ensueño Marco Artorio, uno de sus amigos, en que se le prevenia que César se retirara, saliendo del campamento, se habia adelantado un poco llevado en hombros, y se creyó que le habian muerto, porque su litera vacía fue pasada de dardos y lanzas. Dióse muerte en el campamento á los que vinieron á las manos, y dos mil Lacedemonios que acababan de llegar de auxiliares fueron destrozados.

No habiendo envuelto á los soldados de César, sino confundiendo con ellos, fácilmente vencieron á hombres sorprendidos y desordenados, y de este modo desbarataron tres legiones, entrándose con los fugitivos en su campamento, arrebatados del mismo ímpetu de la victoria, y entre ellos se hallaba Bruto; pero lo que los vencedores ignoraban, la ocasion lo reveló á los vencidos, porque dando estos en la hueste contraria, que se hallaba desguarnecida por habersele separado su derecha, el centro no lo rechazaron, sino que hubieron de sostener con él un reñido combate; pero rechazaron el ala izquierda por el desorden ocurrido desde el principio, y no saber esta lo que pasaba; y persiguiéndola hasta su propio campamento, empezaron á destrozarlo sin que en esto interviniese ninguno de los dos Emperadores; porque Antonio esquivando al principio el ataque, segun dicen, se habia retirado á la laguna, y César no podia comparecer habiéndose salido del campamento, y aun á Bruto le habian mostrado algunos sus espadas teñidas en sangre para hacerle entender que lo habian muerto, y le decian cuál era su edad y su figura. Tambien el centro habia rechazado á los contrarios con gran mortandad, viéndose bien claro que Bruto habia vencido y que habia sido derrotado Casio; y esto solo fue lo que enteramente los perdió, no habiendo aquel socorrido á Casio por creerle vencedor, y no aguardando este á Bruto por juzgarle vencido; pues Mesala ponía el término de la victoria en haber tomado tres águilas y muchas insignias á los enemigos, no habiendo tomado ellos ninguna. Al retirarse Bruto despues de saqueado el campamento de César, se admiró de no ver entre esto el pabellon



pretoriano de Casio sobresaliendo, como es de costumbre, ni tampoco las otras tiendas segun el sitio que debian ocupar, pues realmente las mas habian sido derribadas y tiradas luego que los enemigos cayeron sobre el campamento. Los que adelantaban mas sus observaciones, decian que veian muchos morriones resplandecientes y escudos de plata discurrir por el campamento de Casio, pareciéndoles que ni en el número ni en la clase eran aquellas las armas del piquete de guardia; pero que por otra parte no se descubria el número de cadáveres que era consiguiente si tantas legiones hubiesen sido vencidas de poder á poder. Esto fue lo que dió á Bruto la primera sospecha de lo sucedido, y dejando una guardia en el campamento de los enemigos, llamó á los que les seguian el alcance para ir en socorro de Casio.

Lo que á este ocurrió fue lo siguiente: no habia visto con gusto aquella primera carga de los soldados de Bruto, dada sin seña y sin orden; ni le habia agrado tampoco el que inmediatamente que hicieron ceder á los enemigos, sin pensar en cortarlos y envolverlos, se hubiesen entregado al saqueo y pillaje. Cargóle á él mismo el ala derecha de los enemigos, mas bien por cierto cuidado y detenimiento de los soldados, que por su ardimiento ó por disposicion de los generales; y al punto su propia caballería dió á huir desordenadamente hácia el mar. Vió que tambien la infantería comenzaba á flaquear, y se esforzó á contenerla y hacerla volver al combate, tanto que á un alférez que huia le arrebató de las manos la insignia y la puso fija ante sus pies; mas ya ni aun los que estaban á su lado se mantenian con decision en sus puestos. Traido á este extremo se retiró con unos pocos á un collado que daba vista á la llanura; pero él no divisó otra cosa sino que su campamento habia sido asolado, porque era corto de vista. Los que consigo tenia vieron que se encaminaban hácia aquel sitio muchos de caballería, los cuales habian sido enviados por Bruto; pero Casio discurrió que eran enemigos que iban en su alcance, y sin embargo envió á Titinio, uno de los que allí se hallaban, para que se informase. Desde luego fue conocido por aquella tropa, la cual al ver á un su amigo que se mantenia fiel á Casio, co-

menzó á hacer exclamaciones de gozo, y los que le eran mas allegados le saludaban y abrazaban con afecto, apeándose de los caballos; los demas se le ponian alrededor celebrando su triunfo con desmedida alegría, y con esto causaron un gravísimo mal; porque entendió Casio que en realidad Titinio habia caido en manos de los enemigos: y prorumpiendo en esta expresion: « Por nuestro demasiado apego á la vida hemos sufrido que uno de nuestros amigos á nuestra vista haya sido arrebatado por los enemigos; » se retiró á una tienda que estaba vacía, llevando consigo á uno de sus libertos llamado Pindaro, al que desde el infortunio de Craso tenia preparado para este ministerio. Salvóse, pues, de los Partos; pero entonces cubriéndose la cabeza con el manto, y dejando descubierto el cuello, lo alargó al cuchillo, porque se encontró la cabeza separada del cuerpo. A Pindaro nadie volvió á verle despues de esta muerte, con lo que hizo sospechar á algunos que la ejecutó sin ser mandado. Fueron de allí á un momento conocidos aquellos soldados de Bruto, y Titinio coronado por ellos corria en busca de Casio; pero cuando por el clamor y los lamentos de sus amigos conoció lo sucedido al general y su necesidad propia, desenvainó la espada, y culpándose á sí mismo de descuidado y tardo, se pasó con ella.

Bruto sabedor de la derrota de Casio, se retiró; y estando ya cerca de los reales, tuvo noticia de su muerte. Lloró largamente sobre su cuerpo, y apellidándole el último de los Romanos, porque ya no esperaba que hubiese otro espíritu como aquel, lo envolvió y lo hizo conducir á Tasos para que no se excitase algun levantamiento si allí se le hacia el funeral. Reuniendo luego sus soldados, trató de darles ánimo, y viendo que habian quedado faltos aun de lo mas preciso, les prometió hasta dos mil draemas por plaza en resarcimiento de lo perdido. Ellos con este discurso recobraron la confianza, admiraron la esplendidez del donativo, y al retirarse le acompañaron con algazara, aplaudiéndole de que entre los cuatro Emperadores él solo se habia conservado invicto. Testificó el hecho cuánta razon tenia para creer que ganaria la batalla, pues que con pocas legiones arrolló á

cuantos se le opusieron; y si hubieran entrado en accion todas las tropas, y los mas de los que concurrieron á ella no hubieran pasado de largo por los enemigos para ir en busca de sus despojos, parece que ninguna parte de estos habria quedado en pie.

Murieron de esta parte ocho mil hombres, incluso los siervos armados, á los que Bruto llamaba *Brigas*: de la otra parte dice Mesala que en su entender murió mas del doble. Por lo mismo fue mayor el desaliento que la sobrecogió, hasta que á la caída de la tarde llegó á la tienda de Antonio un esclavo de Casio llamado Demetrio, que al punto recogió del cadáver el manto y la espada; y presentadas estas prendas subió tanto de punto su confianza, que al rayar el dia siguiente sacaron las tropas dispuestas para batalla. Bruto, como uno y otro campo se hallasen en estado de poca seguridad, porque el suyo estando lleno de prisioneros necesitaba una fuerte y vigilante guardia, y el de Casio no llevaba bien la mudanza de caudillo, habiéndose excitado en los vencidos un poco de envidia y odio contra el ejército vencedor, determinó si tener dispuestas sus fuerzas, pero evitó el combate. De los prisioneros, á la chusma esclava, que mezclada con hombres armados daba que sospechar, mandó que se le diese muerte; y de los libres dió soltura á algunos, diciendo que mas bien habian sido presos por los enemigos, pues allí habia cautivos y esclavos, y en su ejército no mas que libres y ciudadanos. Mas como observase que sus amigos y los gefes estaban en este punto inexorables, oculta y reservadamente les daba despues escape. Habia un tal Volumnio representante, y un tal Saculion juglar entre los cautivos, de los que como ninguna cuenta hubiese hecho Bruto, se le presantaron sus amigos, acusándolos de que ni aun entonces cesaban de insultarlos y motejarlos por burla. Calló á esto Bruto, teniendo puesta su atencion en otros cuidados; y Mesala Corvino determinó que despues de haberlos azotado en la tienda, fueran entregados desnudos á los soldados de los enemigos, para que vieran cuáles eran los amigos y camaradas que les convenian, á lo que algunos de los que se hallaban presentes asintieron; pero Publio Casca, el primero

que hirió á César: No parece, dijo, que es buen modo de hacer exequias á Casio en su muerte, ocuparnos en risas y chanzas; y tú, ó Bruto, añadió, mostrarás en qué memoria tienes á este general, castigando ó conservando á unos hombres dispuestos á mofarse y maldecir de él. Incomodado Bruto al oirlo: ¿Porqué me preguntais, ó Casca, le replicó, y no haceis lo que os parezca? Y teniendo esta respuesta por una aprobacion en cuanto á aquellos desventurados, los sacaron de allí, y les dieron muerte.

Repartió despues de esto el donativo á los soldados, y reprendiólos ligeramente por haber marchado en tropel contra los enemigos sin recibir la seña ni aguardar la órden; les ofreció que si se portaban bien, les permitiria dos ciudades para el saqueo y para solo su provecho, que eran Tesalónica y Lacedemonia; y este es el único cargo de la vida de Bruto que carece de disculpa, sin que sirva para ella que Antonio y César hubiesen concedido premios de victoria mas duros y crueles á sus soldados, habiendo faltado muy poco para lanzar de toda la Italia á sus antiguos habitantes, á fin de que aquellos ocupasen un territorio y unas ciudades á que ningun derecho tenian; porque al cabo estos no se proponian otro fin de la guerra que el mandar; pero á Bruto por el concepto que se tenia de su virtud, no le era permitido en la opinion pública ni vencer ni salvarse sino con la honestidad y la justicia, y mas despues de muerto Casio, á quien se atribuia que aun al mismo Bruto lo arrastraba á veces á medidas violentas; sino que así como en una navegacion, roto el timon, se buscan y acomodan otros palos, no bien, sino sacando de ellos el partido posible para aquel apuro, de la misma manera Bruto entre tanta gente, y en medio de negocios tan inciertos y escabrosos, no teniendo ya un colega con quien partir el peso, se veia precisado á valerse de los que tenia cerca de sí, y á hacer y decir muchas cosas segun el gusto y deseo de estos; y deseaban todo cuanto creian podria conducir á hacer mejores los soldados de Casio, porque eran hombres de mal manejo, osados por la anarquía en el campamento, y por la anterior derrota acobardados al frente de los enemigos.